

Carmela, ai tuoi ginocchi
Placidamente assiso,
Guardandoti negli occhi
Baciandoti nel viso
Trascorrerò i miei di.

L'ultimo dì, nel seno
Il volto scolorito
Ti celerò, sereno
Come un fanciul sopito,
E morirò così.¹

— Repítala usted.

Y el administrador la repetía.

— Cántemela usted otra vez.

Y el administrador la cantaba.

Otro día, después de haber tenido una larga conversación con el estanquero, que tenía el despacho de tabacos al lado de su casa, fué á encontrar al sargento de carabineros, y le dijo:

— Según noticias, tira usted perfectamente el sable.

— ¿Yo, señor oficial? Fué esto en otro tiempo. Hace ya más de dos años que no he tirado.

— No importa. ¿Quiere usted que nos sacudamos el polvo de cuando en cuando?

— Con mucho gusto.

— Pues fijemos hora.

Y convinieron en ello, y desde aquel día cuantos atravesaban la plaza en las primeras horas de la mañana podían escuchar un gran choque de sables, acompañado de patadas, de gritos y de voces en la morada del teniente. Era que éste y el sargento practicaban la esgrima.

— Lo que es este experimento, — le dijo un día el médico al oficial, — podías habértelo excusado. ¿Ha dado algún indicio?

— Ninguno; pero nada se ha perdido con probar. Me dijeron que él tiraba todas las mañanas con el sargento, precisa-

¹ Carmela, sentado plácidamente en tus rodillas, mirándote en los ojos, besándote el rostro, transcurrirán mis días.— El último día, ocultaré en tu seno la cara descolorida, sereno como un niño dormido y así moriré.

mente á la misma hora, y que, no gustando ella del espectáculo, se bajaba á la plaza.

— No basta esto, amigo mío,— observó el médico.— No basta esto, y será preciso apelar á otros medios.

VII

Había pasado un mes y medio desde que llegó el nuevo destacamento. Una noche el oficial estaba en su casa, sentado junto á la mesa al lado del médico, hurgando distraídamente con la punta de la pluma el pábilo de la bujía, en tanto que decía:

— ¿Cómo concluirá esto? ¡Cómo ha de concluir! Volviéndome loco también. Así es cómo concluirá. Me avergüenzo de mí mismo. Momentos hay en que se me figura que todo el mundo ha de burlarse de mí.

— ¿Burlarse? ¿Por qué razón?

— ¿Por qué razón? — repitió el otro para buscar la manera de responder.— Burlarse de mí... celo, de la compasión, de la lástima que me inspira esa pobre muchacha, y de lo inútil de mis pruebas y experimentos.

— Pues ni el celo ni la compasión son motivos para que las gentes se burlen. Digo, me parece.

Y fijando en su rostro una mirada escrutadora, añadió:

— Dime la verdad: ¿estás enamorado de Carmela?

— ¿Enamorado yo? — exclamó vivamente el oficial.

Y permaneció inmóvil, bien que ruborizándose hasta el blanco de los ojos.

— Enamorado, — contestó el médico.— Dime la verdad: háblame sinceramente. ¿No soy aquí tu único amigo?

— ¡Oh, sí! mas precisamente porque quiero proceder sinceramente, no debo decirte lo que no es.

Calló un momento, y tomando después de nuevo la palabra, palideciendo unas veces, otras poniéndose colorado, balbuceando, embrollándose, contradiciéndose sin darse cuenta de ello, como un chiquillo á quien se ha pillado haciendo una travesura, sobre la cual se le piden explicaciones, exclamó:

—¿Enamorado yo? ¿Y de Carmela? ¿De una loca? ¿Te parece esto posible? ¿Cómo diablos ha podido ocurrírsete semejante idea? Si esto acontece un día... quedas desde ahora autorizado para decirle al coronel que he perdido el seso y que deben encerrarme en una casa de locos. ¡Enamorado!... Compadezco con toda el alma á aquella desgraciada criatura, sí, no debo ocultarlo; me inspira una compasión tiernísima: no sé qué daría por verla curada; haría gustoso el mayor de los sacrificios para que recobrarla la salud: su curación me complacería tanto como si se tratara de la de un individuo de mi familia... Todo esto es cierto; pero de ello á estar enamorado, hay mucha distancia. La estimo, también es esto cierto, como creo que tú la estimas, porque la compasión va siempre unida al afecto... Y además, la estimo también, porque, según dicen, ha sido siempre una buena muchacha honrada y cariñosa, y que había querido de todo corazón á aquel su primer amante, honestamente, con la esperanza de ser un día su esposa, y sin fiarle su honor en tanto no llevara su nombre... Esto es virtud, amigo mío, y virtud acrisolada; y esa virtud yo la admiro, ¿comprendes? y aquella pobrecilla me inspira mayor compasión, por lo mismo que era digna de haber encontrado la dicha, en vez de la desgracia que le ha cabido en suerte. Sí, es imposible, teniendo algo en el alma, y conociéndola, no compadecerla. El carácter mismo de su locura, ¿no constituye, por ventura, la manifestación de la belleza de su ser? Jamás he oído de su boca palabras que no sean dulces y modestas, y en el modo de ponerme las manos sobre los hombros, en sus caricias, hasta en la manera cómo me besa las manos, ya que puedan traslucirse actos propios de una loca, nada revelan que esté reñido con la decencia,

¿La has visto nunca hacer un ademán deshonesto? Pues, por esto; por todo esto le he cobrado afecto. ¡Pobre muchacha, abandonada de todos!... ¡reducida á llevar una vida de perro!... Te lo digo sinceramente: la quiero con toda el alma. Y hasta su misma belleza... porque, después de todo, es muy linda... hermosa como un ángel: esto no puede negarse: fijate en sus ojos, en su boca, en sus manos... ¿te has fijado alguna vez en sus manos? ¿Y el pelo? Enmarañado como lo lleva le comunica un aspecto salvaje; pero es hermosísimo... Y si vistiera de otro modo... Pues bien, su misma singular belleza, aumenta en mi pecho la compasión. Contemplándola, no puedo menos que decirme: ¡lástima que no puedan ser amados estos ojos de sol! ¿No te has parado á considerar que si aquella muchacha estuviese como todas las otras dotada de razón, sería tal que no habría quién no se enamorase de ella? Y aun así, ocasiones hay en que, si no se supiera que está loca, no faltaría mucho para cometer un disparate; por ejemplo, cuando mira fijamente en los ojos y luego sonriendo, dice cariñosamente: —« Amor mío,» — y luego, durante la noche, cuando por la oscuridad no puedo distinguir su rostro y oigo sólo su voz diciendo que me esperaba; que quiere estar conmigo hasta que llegue el nuevo día; que soy su ángel; su vida... ¿qué sé yo? en aquellos momentos no me parece loca. La miro, la contemplo, la escucho como si se hallara en su cabal juicio, y sintiera y comprendiera perfectamente lo que me dice, y puedo asegurarte que en tanto me dura la ilusión, el pecho me late... sí, me late, créelo, como si estuviese realmente enamorado. Y la llamo por su nombre, no sé por qué... movido por una idea singular... abrigando la esperanza de que ha de contestarme de manera que pueda creer que de repente ha recobrado la razón... — ¡Carmela! — digo. — Y ella: — ¿Qué quieres? — ¿Tú no estás loca, verdad? — le pregunto. — ¿Loca yo? — me contesta. — Y me mira con cierto ademán de sorpresa, que me haría jurar que no lo está. — ¡Carmela! — grito entonces de repente, dominado por una esperanza.

— ¡dímelo otra vez que no estás loca!...— Y me mira estupefacta durante un rato, y al cabo prorrumpe en una carcajada que me hiela la sangre en las venas. ¡Oh! créelo, amigo mío, en semejante situación me daría de cabezadas contra las paredes!

Tú sabes cuanto he hecho para ver si conseguía volverla á la razón; pero no lo sabes todo. La mayor parte de las noches la he hecho venir á mi casa: he estado hablando con ella horas y más horas: le he cantado repetidas veces la canción que le cantaba su amante: le he dicho que estaba enamorado de ella; que la quería: la he colmado de caricias: he fingido llorar, y desesperarme: he dejado que hiciera de mí cuanto se le antojara; que me besara; que me abrazara; que me acariciara como si fuese un niño... He probado á hacer otro tanto con ella, y puedes imaginar cuál estaba mi corazón al hacerlo: no podría decir si era espanto, ó temor, ó miedo, ó vergüenza, ó remordimiento, ó todo esto junto lo que entonces experimentaba: sólo sabré decirte que al besarla, temblaba y palidecía como si besara un cadáver. Ocasiones había en que experimentaba la convicción de estar haciendo un generoso sacrificio, y me sentía casi orgulloso: otras veces me parecía cometer un delito y sentía horror de mi propia persona... He sufrido lo indecible, amigo mío, y todo ha sido en vano. Y cuanto mayor era la desesperación que se apoderaba de mí, tanto más crecía esta fiebre que me devora... Durante la noche no puedo dormir, porque sé que permanece acurrucada junto á mi puerta, y dominado como estoy por esta idea, que ni un solo momento me abandona, me parece que de repente he de oirla llamar á los cristales de mi ventana, y aparecer sobre el antepecho aquel semblante extraviado, y clavarse en mis ojos aquellos ojos inmóviles y sin expresión. Otras veces me parece oirla subir la escalera arriba, y me siento en la cama; ó se me figura escuchar en la plaza una de sus carcajadas, y aquella carcajada produce en mi corazón el mismo efecto que me pro-

dujera la opresión de una mano de hielo, y no me siento con fuerzas para asomarme á la ventana.

Y tomo un libro para leer, ó me pongo á escribir á fin de distraerme; pero pensando siempre en ella, siempre triste, inquieto siempre, siempre temeroso sin saber de qué. Y al preguntarme cuándo tendrá término tan angustiosa existencia; y cómo concluirá; y qué huellas dejará en mi corazón, ni alientos tengo para responderme; pues me asusta mi respuesta, y me meso el pelo, presa de la desesperación más espantosa. ¡Oh, amigo mío! Dime que no pararé loco yo también; dímelo, porque siento que se me va la cabeza, y no puedo con esta vida... no puedo, no puedo.

Y tomó una mano para coger la del médico. Éste acercó más su silla á la que ocupaba el teniente, y conmovido como estaba, y no encontrando palabra que decirle, púsole la mano sobre la espalda, contemplóle un momento y le abrazó.

De pronto el oficial levantó el rostro, y fijó en su amigo una mirada en la cual brillaba un rayo de esperanza.

— ¿Y qué?— preguntó el médico.

— ¿Y si curara?— exclamó el oficial con el semblante completamente tranquilo, — si volviera á ser lo que fué; si reconquistara el juicio y el corazón como los tuvo un día; y aquellos ojos perdieran para siempre jamás aquella luz extraña, y aquella aterradora manera de mirar; y aquella boca no se volviera á abrir á impulsos de aquella risa que espanta; y con pleno conocimiento me dijera un día:— Te doy las gracias; te bendigo; me has vuelto á la vida; te quiero; te amo... — ¡y llorara! Si pudiera verla llorar, oirla hablar con razón, encontrarla siempre peinada y compuesta como las demás muchachas; entrar en la iglesia para rezar, y ruborizarse como antes se ruborizaría, y experimentar, como en una segunda infancia, todos y cada uno de los afectos cuyo sentimiento se ha borrado de su mente!... Si pudiera decir que soy yo, yo, quien la ha cambiado de esta suerte; quien

la ha hecho revivir; quien le ha devuelto las esperanzas todas de la juventud, y la ha devuelto á su familia, á su madre, al amor... ¡Oh, amigo mío!—exclamaba cogiéndole de la mano y mirándole con ojos humedecidos,— me parecería ser algo semejante á un dios; haber creado algo; poseer dos almas y vivir dos existencias, la mía y la suya; me parecería que aquella criatura era mía; creería que el destino me la había enviado, y la llevaría á la presencia de mi madre como si fuese un ángel... ¡Creo que me volvería loco de alegría! ¡Oh, si fuese verdad! ¡si fuese verdad!

Y abandonó la cabeza entre las manos y se echó á llorar.

—¡Amor mío!—oyóse entonces gritar desde la plaza. El oficial se puso en pie y le dijo al médico resueltamente:

—Déjame.

Estrechóle aquél la mano cordialmente, y diciéndole: —¡Ánimo!— se fué.

El teniente permaneció durante algunos minutos inmóvil en medio de la estancia: después se dirigió á la ventana, la abrió, retrocedió un paso, y estuvo contemplando el bellissimo espectáculo que se ofrecía á sus miradas.

Era aquella una noche plácida, serena y tranquila que enamoraba. Allí, frente á sus ojos, la parte baja de la población; los tejados, las calles desiertas, el puerto, la playa, completamente bañada por la luz de la luna, hasta el punto de que se habría distinguido una persona lo mismo que con la luz del día: el mar sosegado é inmóvil como una balsa de aceite, y allá, á lo lejos, las montañas de Sicilia perfilándose sobre el firmamento con perfecta limpieza. El silencio era profundo.

—¡Qué feliz sería,—dijo el oficial,—si pudiera gozar una paz tan inmensa!

Y paseó sus miradas por la inmensidad del mar, y asomóse palpitando á la ventana, y miró. Carmela se había sentado junto á la puerta.

—¡Carmela!—dijo el oficial llamándola.

—¡Amor mío!

—¿Qué haces?

—¿Qué hago?... Espero... ¿No lo sabes?... Espero que me llames para que suba. ¿No me quieres esta noche?

—Bajo á abrir.

Carmela, oyéndole, empezó á saltar y á palmotear.

Abrióse la puerta y apareció el oficial llevando la luz en la mano. Carmela entró, tomósela, pasó delante, y comenzó á subir apresuradamente la escalera, murmurando:

—Vén, vén, pobrecillo mío.

Y volviéndose luego para cogerle de la mano, añadió:

—Dale la mano á tu nena para que te guíe.

Y le condujo hasta la habitación.

Ya en ella el oficial hizo que se sentara delante de él, y con una paciencia de santo comenzó á repetir todas las pruebas, todas las tentativas de los días anteriores; y ensayó otras nuevas, una vez y otra vez, siempre con idéntica solicitud, y con fe más ardiente, simulando amor, odio, ira, dolor, desesperación; pero siempre en vano. Ella le miraba y le escuchaba atentamente, y en cuanto había concluido, le preguntaba riéndose á carcajadas:

—¿Qué tienes?

Ó le decía también:

—¡Pobrecillo! ¡Me das compasión!

Y le tomaba ambas manos y se las besaba amorosamente como poseída de intensa lástima.

—¡Carmela!—exclamó de pronto el oficial decidido á intentar la última prueba.

—¿Qué quieres?

Y le hizo señas para que se acercara. Aproximóse ella lentamente, lentamente, contemplándole con enamorado transporte, y después, de pronto, se estrechó contra él, y ciñóle el cuello con sus brazos y puso sus labios sobre los del oficial, diciendo con voz ahogada por la emoción:

— ¡Caro! ¡caro! ¡caro!...

El pobre joven, que no sabía ya de qué mundo era, ciñóle con un brazo la cintura y levantándola en alto, fué inclinándose poquito á poco, sin dejarla, hasta que la tendió, casi sin que ella lo advirtiese, sobre el sofá situado al lado de la mesa... Carmela se levantó bruscamente, púsose en pie, frunció el entrecejo, reveló en su semblante que fijaba en algo su pensamiento, y después murmuró con ligera expresión de disgusto:

— ¿Qué haces?

El oficial creyó entrever un rayo de esperanza, y permaneció largo rato contemplándola silenciosamente sin pronunciar palabra.

En cuanto á Carmela continuó pensativa durante breve espacio, y luego, sonriendo de un modo singular, distinto de la manera como hasta entonces había reído, añadió:

— ...¿Somos ya esposos?

El oficial dejó escapar un grito, y con los ojos vueltos al cielo, y la punta del índice entre los labios, pálido, convulso, meditó un momento la respuesta. Durante ese tiempo Carmela volvió los ojos á la pared, vió colgando de un clavo un gran sombrero cilíndrico, soltó una tremenda carcajada, cogiólo, y encasquetósele y gritando y dando grandes risotadas, comenzó á saltar en derredor de la sala.

— ¡Carmela! — exclamó dolorosamente el oficial.

Pero peor que peor.

— ¡Carmela! — gritó de nuevo el joven dirigiéndose á ella.

Asustóse, tomó corriendo la escalera, y no había transcurrido un minuto cuando estaba ya en la plaza saltando, gritando y desternillándose de risa.

El oficial se asomó á la ventana.

— ¡Carmela! — gritó otra vez con voz apagada.

Y luego se cubrió la cara con ambas manos y se dejó caer en una silla.

VIII

Al otro día en cuanto dejó la cama fuese á casa de su amigo el médico, que en cuanto le vió con los ojos enrojecidos y el rostro demudado, comprendió que iba en busca de consuelo y de consejo, y después de haberle hecho sentar á su lado, comenzó á sermonearle en regla. El oficial, sin embargo, no le escuchaba, y parecía preocupado por otro pensamiento. De pronto se serenó y dándose un recia palmada en la frente, exclamó:

— ¡Calle! ¡Pero, Señor! ¿cómo no se me había ocurrido?

— ¿El qué? — preguntó el médico.

El oficial no le contestó. Tomó un pliego de papel y una pluma y se puso á escribir con convulsiva rapidez. Después, en cuanto dió por terminada su tarea, leyó:

«Señor teniente:

»Sin preámbulos, cual entre nosotros se acostumbra. Hace mes y medio me hallo al frente del destacamento de*** que mandó usted hace tres años, durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre. He conocido en dicho pueblo una muchacha de diez y ocho á veinte años, que se llama Carmela, la cual hace dos que está loca, y según dicen, perdió la cabeza enamorada de usted. Lo que ha sido de ella, desde que salió usted de la isla, debe usted saberlo, lo mismo que el carácter especial que reviste su locura; puesto que, según se me ha manifestado, no faltó quién se lo escribiera á usted. La situación desgraciadísima de esta muchacha desde el punto y hora en que la ví, despertó en mi pecho un profundo sentimiento de compasión, y en consecuencia he hecho todo cuanto de mí ha dependido con el objeto de que recobrara